

la supresión de los antonianos y las secularizaciones de religiosos, aunque la falta de expedientes no permite sacar grandes conclusiones.

El libro del archivero diocesano de Zaragoza concluye con tres reflexiones muy interesantes sobre la fe enseñada, la fe celebrada y la fe vivida. En el primer bloque no falta una útil y sorprendente relación de los catecismos editados en Zaragoza complementada con la explicación de la instrucción cristiana, comenzando en las familias y concluyendo en la abundancia de libros entre los que puede destacarse el del sacerdote José Boneta (1689) titulado *Gritos del Purgatorio y medios para acallarlos*. En el capítulo de la fe celebrada hay que agradecerle que incluya las celebraciones propias del calendario litúrgico diocesano, asunto tan importante como el análisis de la vinculación de los pueblos a los santos en función de sus problemas. En el campo de la fe vivida hace una tópica pero útil

división entre el trigo y la cizaña para comenzar con los santos (desde la canonización de santa Isabel de Aragón y Portugal en 1625, o de la san Pedro Arbués –en 1662– hasta la de santo Dominguito de Val en 1807), recuperando noticias muy interesantes sobre las procesiones y las cofradías aragonesas. Para concluir analiza a aquellos que protagonizaron procesos criminales que custodia el archivo y que nos ofrecen una primera reflexión sobre el periodo estudiado en su número: unos 14 al año en 1550 y menos de un proceso al año a finales del XVIII. En este capítulo no falta el apunte sobre el heterodoxo Miguel de Molinos (Muniesa, 1628), con alguna aportación de archivo inédita, que enriquece el recorrido por la Iglesia zaragozana que intentó aplicar el espíritu de Trento y que sufrió la crisis provocada por la guerra de la Independencia.

Domingo BUESA CONDE
Real Academia de BB.AA. de San Luis

Rosa M^a. ALABRÚS IGLESIAS

Razones y emociones femeninas. Hipólita de Rocabertí y las monjas catalanas del Barroco

Cátedra, Madrid 2019, 271 pp.

El libro trata, principalmente, del misticismo en la vida conventual femenina catalana tras el concilio de Trento. En esa época de profunda religiosidad abundaron las experiencias místicas de muchas mujeres; si bien a veces se planteó el problema de su veracidad, a causa del protestantismo, el alumbradismo o la demonología, entre otras cuestiones, que ensombrecían la vida religiosa. Después de Trento se impuso la vida conventual de las beatas, lo que facilitó encauzar la inquietud religiosa y distinguir mejor los engaños. La vida

de Teresa de Jesús fue un gozne histórico: antes era más fácil aceptar a las monjas visionarias, después de ella, no tanto. Teresa se convirtió en un ejemplo, pero, de alguna forma, también en una excepción, pues su carisma parecía irreplicable. Eso llevó a sospechar de las experiencias místicas de otras mujeres. Era la mentalidad de la contrarreforma.

Curiosamente, frente a la exaltación en lo popular y artístico, la autoridad eclesiástica pretendió que la mística fuera más racional, más ordenada, y las experiencias

se sometieron a mayor observación. Había que ir al fondo, valorar el equilibrio entre razón y emoción, constatar que hubiera componentes intelectuales preventivos y que la contemplación fuera adquirida con esfuerzo, no solo por merced infusa; por supuesto, eran necesarias la pureza de doctrina y la vida sacramental. Los modos de averiguarlo eran las investigaciones inquisitoriales, los informes de los expertos o los testimonios de las compañeras y de otros testigos sociales. Las protagonistas deberían apoyarse en el confesor, que no siempre resultaba adecuado; si lo era, podía moderar las mortificaciones y valorar los dones recibidos. No eran procedimientos distintos a los usados con los hombres; de hecho, alumbrados y quietistas fueron hombres en su mayoría.

Las experiencias místicas se reflejaron, en la mayoría de los casos, en los textos que las protagonistas escribieron, bien por propia iniciativa, bien por obediencia. Se trataba de comunicar las experiencias para que pudieran ser útiles a otras monjas. Pero cambiaba su valor si los consejos podían conducir al error; por eso, los escritos fueron objeto de las investigaciones inquisitoriales y de los informes periciales; también fueron la base de los procesos de beatificación en los pocos casos en que se incoaron. Al final, son también la fuente principal de la autora de este libro, una fuente histórica de primera mano.

Además de la mística –la reforma interior–, algunas monjas siguieron también el impulso teresiano de las fundaciones, la reforma hacia fuera, movidas por la necesidad de crear conventos que irradiaran una religiosidad auténtica. Desde fuera, estas acciones podían considerarse arriesgadas si no se aseguraba la buena doctrina de la fundadora. No era fácil asegurarlo en poco tiempo, por eso se tendió a aconsejar el abandono de la vía fundacional. El pro-

blema podía plantearse incluso después de la muerte, a la hora de justificar una propuesta de beatificación, como ocurrió con Hipólita de Rocabertí, la principal protagonista del libro. La publicación de la obra de Molinos (1675) y su posterior suerte, reavivaron los problemas, el quietismo volvió a ser un enemigo de las experiencias místicas y lo que antes se había aceptado empezó a ser sospechoso.

Los asuntos religiosos se nos presentan también relacionados con intereses políticos –el prestigio de la Monarquía en las canonizaciones–, sociales y familiares. Todos ellos podían favorecer los objetivos de algunas monjas, mientras que otras carecían de tales apoyos. A ello cabe añadir la rivalidad entre órdenes religiosas, que podía influir en los expertos a la hora de valorar las experiencias de las monjas o de informar, a favor o no, sobre su doctrina y santidad. El libro aborda también otras cuestiones como la diversidad social y cultural de las monjas, las razones, variadas, que las llevaron al convento o sus intenciones reformistas, si las hubo. Tanto las protagonistas, como las fuentes, permiten a la autora adentrarse también, en algunos temas que preocupan hoy a la historiografía, como la importancia de la correspondencia, la egohistoria o el «giro afectivo», el estudio de las emociones desde una perspectiva cultural.

Con todo ese trasfondo, el libro repasa de manera directa algunos casos más importantes o conocidos, a la vez que se alude a otros menos relevantes. Se consigue así un cuadro bastante completo de los objetivos, circunstancias, problemas, soluciones y logros, en suma, de las monjas catalanas del Barroco, con un apoyo bibliográfico abundante y bien actualizado. Todo el contexto nos remite a una religiosidad que va más allá de lo popular en el Barroco; es la época del «ascenso del espíritu»,

como dijera H. Berr, una religiosidad que buscaba la unión con Dios a través de una intensa oración y de una mortificación exigente, en correspondencia al amor de Cristo en la cruz. Esas monjas intentaban, como deseaba san Juan de la Cruz, poner

amor donde no lo hubiera, para sacar de allí amor y cambiar una sociedad necesitada de él.

Agustín GONZÁLEZ ENCISO
Universidad de Navarra